

escandaloso, á cuyo término sobreviniese un martirio seguro, que levantara la Alemania entera contra Roma, como habia levantado contra Roma la Bohemia entera el martirio de Juan Huss; y suscitara una cruzada, que haciendo irrupcion por los Alpes, combatiere á la Ciudad Eterna con el furor con que la combatieron las primeras irrupciones germánicas, la sojuzgase nuevamente, la desciniese de su magnífica corona de obras artísticas, y poblase los palacios y los templos de Alemania, con los cuadros y las estatuas de Italia. Lutero, en estos incidentes, habia vuelto á recobrar todo el ardor de su ánimo y toda la acritud de su lenguaje. Para persuadirse de ello, no hay sino leer los insultos inferidos á los doctores que le contradecian: «Adelante, exclamaba, dirigiéndose á uno de ellos, adelante, loca cabeza de fraile, hombre sanguinario, puesto que aun no estás borracho de la sangre de tus hermanos; adelante. Escarba en el estercolero como los escarabajos pelotilleros hasta saber qué sea error, pecado y herejía. En verdad, no he visto asno alguno como tú, que has estudiado tanta dialéctica.» En su lucha con Prierio, exclamaba: «Si Roma piensa y enseña, lo que yo no creo, todo cuanto piensa y enseña Prierio, yo lo declaro abiertamente, el Antecristo habita en el templo divino, Babilonia reina en la Roma purpurada, y la corte de Roma es la Sinagoga de Satanás. Si Roma sostiene á Prierio, bienaventurada Grecia, bienaventurada Bohemia, bienaventurados todos cuantos habeis decidido separaros de esa Babilonia. ¡Ah! Os lo digo en verdad. Si el Papa y los cardenales no cierran la boca á ese infierno, lo confieso delante del cielo, me separo de la Iglesia romana, reniego del Papa y de los cardenales, y tengo á todo el mundo eclesiástico de la gran ciudad por la abominacion de las abominaciones sentada en los lugares santos. Si Roma, y los romanistas piensan como Silvestre Prierio, todo está consumado; y no queda mas recurso para detener sus furiosos impíos, que gritar á los príncipes de la tierra: Reyes y Emperadores, ligaos para aplastar estas pestilencias, para aplastarlas, no por el poder de la palabra, por el poder de la espada.» El reo era un rebelde; y la rebelion estaba ya decidida al presentarse delante del delegado de Leon X, al presentarse delante del cardenal Cayetano.

CAPÍTULO XIII

LUTERO EN AUGSBURGO

La victoria de Lutero consistió en presentarse, no ante el Papa, como este queria, sino ante el nuncio del Papa; no en la Ciudad Eterna, donde todo le fuera hostil, sino en una ciudad de Alemania, donde todo le era favorable. El encargado de advertirle sus errores, de juzgarle en su conciencia y en su vida, de retenerle en la Iglesia católica ó separarle de ella, el nuncio Cayetano, pertenecia, por sus ideas filosóficas, á la Edad media, por sus gustos literarios, al Renacimiento; pensando, cual pudiera pensar el Angel de las escuelas, y escribiendo, cual pudiera escribir el orador de los Rostros. Con razon su madre, al llevarlo en las entrañas, soñó con que Santo Tomás lo recogia en sus brazos, y lo tomaba bajo su patrocinio; porque dijeron de él mas tarde los escolásticos, que, si la Suma Teológica pudiera perderse, encontrárase toda entera en la memoria y en la mente de Cayetano. Hijo de las razas helénicas, criado en las griegas orillas del Tirreno, dispuesto á recibir tanto las revelaciones de la naturaleza como las revelaciones de las artes, crecido en aquella Roma, que semejava una academia clásica, religioso de la orden de predicadores que á un tiempo se instruía en el estudio de la antigüedad y en el estudio de la teología, representaba Cayetano, por la distincion de sus maneras, por la finura de su trato, por la variedad de sus conocimientos, por el esmalte clásico sobrepuesto á su erudicion escolástica, por su púrpura cardenalicia extendida sobre el sayal monástico, por todas sus cualidades, la Roma de Leon X en su esplendor y con sus contradicciones. Un hombre así, de temperamento dulce, de fe doble, de inclinaciones diplomáticas, de cultura helé-

nica, miembro á un tiempo de las academias del Renacimiento y de los monasterios de la Edad media, iba, por su mal, á encontrarse frente á frente de un monje, exaltado, austero, batallador, absorto en el Evangelio y en la Biblia, y cuyas dudas y cuyas incertidumbres servíanle á la postre para salir de ellas mas vigoroso y arremeter á sus enemigos en una lucha atroz, en la cual creeriais oír el resuello y ver el esfuerzo de los antiguos Titanes en sus empeños con Júpiter y en sus asedios al pagano olimpo.

Cayetano citó á Lutero en la ciudad de Augsburgo. A pesar del cuidado con que el elector Federico proveia continuamente á la seguridad del catedrático de Witemberg, no dejaba de inspirar algun recelo á los admiradores de este, el incierto estado de la política germánica en aquellos dias y la fácil posibilidad de que un asunto diplomático, una razon de Estado, una conveniencia cualquiera de los poderosos, acabase con el profeta, entregándole á las hogueras de la Inquisicion, como fueron entregados por el Emperador Segismundo los dos revolucionarios, Jerónimo de Praga y Juan Huss, á las iras implacables del cruel concilio de Constanza. Así la partida de Lutero, desde aquella Universidad donde su voz retumbaba y se oía como el trueno del Sinaí en las orejas de los israelitas, á la ciudad habitada por el nuncio y espuesta á todas las asechanzas de los soberanos germánicos; esta partida peligrosa, despertó zozobras y recelos en todos los ánimos. La noche anterior al día de su salida; cuando los discípulos, congregados en torno de una mesa monacal y poseidos de tristes presentimientos, le oyen con religiosidad y le escuchan con amor, recogiendo sus palabras y comulgando en sus ideas, esta melancólica noche ha sido comparada por muchos á la última cena, en que Jesus establece la Eucaristía para unirse con sus discípulos, ya que van de sus discípulos á separarle pronto la prision en el Huerto y la sentencia en el Pretorio y la muerte en el Calvario. Aquellos jóvenes, próximos á entrar en el claustro, y por lo mismo á huir todos los placeres del mundo, concentraban sus pasiones en su sublime maestro, y satisfacian á una en el culto que les inspiraba su persona y en el fervor que les inspiraba su doctrina, la necesidad de amar, natural á las almas tiernas; y así, este miraba con éxtasis, aquel oía con estremecimientos, el de un lado lloraba con ternura, el de otro lado se retorcia con desesperacion, al recoger las palabras sublimes de aquel viejo de

treinta y cinco años, á quien las meditaciones continuas, los combates internos, las penitencias del claustro mezcladas con el engendro de una nueva fe, habian dado ancianidad prematura, que se revelaba y se conocia en las hondas arrugas de su rostro, en las blancas canas de su pelo, en la triste sublimidad de sus palabras semejantes á eterna despedida. En verdad, el menos receloso de todos y el mas amenazado, Lutero, predicaba la fe en Dios y la confianza en el divino auxilio. Pero Melanchton, á quien muchos han comparado con el discípulo predilecto de Cristo, con San Juan; llenos los ojos de lágrimas y el pecho de suspiros como la inteligencia de supersticiones y el corazon de recelos; miraba con amoroso mirar á su maestro; y le pedia que se quedara entre los suyos. Lutero, sublime en este instante y exaltado por esos arrebatos de fe que tanto contrastaban con sus dudas sombrías y con sus perplejidades continuas; animaba al desfallecido, fortalecia al desconfiado, consolaba al triste, dirigia palabras de confortacion al afligido, citaba textos de las divinas Escrituras; y decia que si, en último resultado, los verdugos le quitaban su frágil existencia, no podian quitarle, ni su alma, ni el alma de su alma, la fe y las ideas.

Clareaba la mañana del 26 de setiembre de 1518. A la manera de los pájaros del cielo, que fian su alimento al cuidado de la divina Providencia, Lutero salia de su ciudad de Witemberg, sin dinero, sin cabalgadura; ceñido de raidísimo traje, con todo el aspecto de uno de esos peregrinos, á quienes guia la fe y sostiene la limosna. En las puertas de la ciudad aguardábanle, frailes, colegas, discípulos, para dirigirle con amor la última despedida; y como le consagraran muchos vítores y le dijeran muchos vivas, detúvose recogido y silencioso, alzó los ojos y los brazos al cielo, recordó el nombre divino de Cristo, y dijo estas religiosas palabras: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*. Un prolongado *amén* de sus discípulos coronó estas palabras. Y bien necesitaba el reformador religioso de la divina proteccion. El vigor de su alma no decaia un punto, pero decaian, y mucho, las fuerzas de su cuerpo. Terrible mal de estómago le atenaceaba en términos de obligarle á pensar en detener su viaje, detencion, que realizara de seguro, á no empujarle el impulso de su enérgica voluntad y no sostenerle el auxilio de su entero corazon. Como en el viaje á Italia, alojóse en los conventos; y cuando no tenia

conventos donde alojarse, en casa de los curas. No pertenecía Lutero á esas naturalezas ensimismadas, que concentran dentro de sí todos sus pensamientos, no; pertenecía por completo á las naturalezas oratorias, las cuales necesitan, como la luz, difundirse por todos los espacios, comunicarse con todos cuantos las rodean, vivir ante el público en comercio perpetuo con todos los grandes elementos de las sociedades humanas. Así, decía cuanto pensaba; y lo decía con esa profundidad de idea, con esa elegancia de frase, con esa audacia de antítesis y de contrastes, que constituyen una de sus principales glorias y uno de los méritos mas raros de su portentosa elocuencia. En Weimar predicó sobre la fiesta del día; y en Nuremberg, departió largamente con amigos de todas condiciones, que le regalaron, viéndole tan maltrecho y mal vestido, un traje nuevo. A pesar de su insistencia en caminar á pié, la debilidad de sus fuerzas, el dolor de su estómago, el cansancio de su largo viaje, obligáronle á tomar un carruaje, pagado por sus amigos, y á dirigirse en él, con dos monjes más, á la ciudad de Augsburgo. Cuando descubriera los campanarios de esta poblacion, destinada por los decretos de la divina Providencia ciertamente á ser teatro de las primeras resistencias de Lutero, sus ojos se arrasaron de lágrimas y de su pecho partieron mil tristes suspiros.

Augsburgo tiene un carácter profundamente germánico. Quienes la hayan visitado una vez, no podrán olvidar aquella calle de Maximiliano con sus torres originales y sus frescos maravillosos; aquella posada, donde el banquero Fugger, causante por su codicia de la Reforma, quemó un recibo del Emperador Carlos V que importaba crecidísima suma; aquella fuente de los tres moros, tan extraña; y todos los sitios y todos los monumentos posteriores ó anteriores á Lutero, los cuales dan á la ciudad tan varios aspectos y la revisten de esos caracteres sombríos que en vano buscáramos, ni en las ciudades mas tristes y monásticas de nuestro risueño Mediodía. En un Palacio, cercano á la Catedral, hogar de los antiguos Obispos, aguardaba Cayetano al reformador. Bien cambiado se encuentra hoy este edificio, y bien distante de sus antiguos destinos. Su escalera destrozada, sus corredores desiertos, dan idea de cómo pasan por todos estos sitios los vientos del tiempo y los huracanes de la revolucion. Lo único que ha sido restaurado, rehecho, redorado

en él, es el ala del Noroeste, donde están las magníficas habitaciones, que, en otro tiempo, sirvieron á Carlos V, y en las cuales debió esperar Cayetano á Lutero. El convento de agustinos, donde el reformador se alojó, ha desaparecido hasta el punto de no dejar de sí rastro ni memoria, mientras el monasterio del Cármen, mil veces visitado por Lutero, todavía se conserva con su aspecto gótico y sus altares antiguos, junto á los cuales se ven retratos de Lutero atribuidos á Cranach y órganos de iglesia católica atribuidos á Holbein. Conocido ya el teatro y los actores, vamos á ver el drama.

Inmensa multitud, ebria de entusiasmo y de orgullo nacional, aguardaba al doctor, que, desde humilde claustro, sabia elevarse en alas de su gloria, hasta llenar con su renombre el mundo entero. Multitud de poetas, los cuales formaban por aquel tiempo en la docta Alemania cofradías y corporaciones, consagrábale versos sentidísimos. Uno de los principales doctores de la ciudad le llevó á su casa y le ofreció modesta colacion de Viérnes. Multitud de curiosos se aglomeraban en su camino: muchedumbres innumerables le salian por do quier al paso; y el renombre le abrumaba con el peso de la gloria y le hacia echar de menos la perdida y antigua oscuridad. Muchas veces en los combates consigo mismo, en las vigiliás propias de su espinoso ministerio, en los desmayos subsiguientes á las fatigas del combate, Lutero se dolia de tanta gloria; y diera el mejor de sus días de triunfo y el mas preciado de sus laureles de doctor á cambio de volver á las minas de su familia y hasta á las entrañas de su madre. Creia en sus interiores pensamientos que las gentes le tomaban por una especie de Erostrato, capaz de quemar algo superior al templo de Diana en Efeso, capaz de quemar la Iglesia católica, donde reside la divina persona de Cristo. En tal estado de su ánimo recogiera muchas veces lo dicho y lo devorara, si por ello podia obtener la paz del alma; pero desdecirse, retractarse, jamás. Y aunque habia con solicitud acudido á la cita de Cayetano, retardaba cuanto podia la deseada entrevista y se replegaba en sí mismo con grande fuerza de verdadera concentracion.

De tal manera vacilaba que retardó lo que humanamente pudo la presentacion. Urbano de Serra Longa, internuncio enviado por Cayetano, se vió obligado á personarse en su asilo, para recordarle sus deberes y reconvenirle por su retraso. El monje le dijo la causa de su tardanza, á saber: la espera de